

No pierdas el tino

Alexandra Loya

Era un día de verano, y el sol hacía que todos los niños se volvieran en unos tornados, haciendo un desorden por donde pasaban. Las mesas estaban decoradas de princesas y todos estábamos disfrutando de la piñata de mi prima quien cumplía seis años. Todos los del apartamento estaban presentes. La comida para la fiesta era chile rojo, arroz, frijoles y frijoles charros. Mis tías sentadas parecían pericas chismeando y hablando de todos. Los hombres estaban al lado opuesto tomando cerveza y platicando.

Todos los chiquillos brincaban en el brinca brinca y lloraban cuando alguien los corría o cuando los grandes no dejaban entrar a los chiquitos. Por fin mi tía gritó: “Ándale niños, a quebrar la piñata”. Todos apresurados corrimos hacia ella y veíamos como mi tío cargaba la piñata, una princesa enorme. Entre una escalera y un árbol se balanceaba la piñata. Uno por uno, pasaban los niños de chiquito a grande.

“¡Dale, dale, dale,
No pierdas el tino,
Porque si lo pierdes
Pierdes el camino.
Ya le diste una,
Ya le diste dos, ya le diste tres
Y tu tiempo se acabó!”

Nadie podía romper la piñata, mucho menos las niñas. No fue hasta el final que un niño de trece años, con un molde sobre su brazo izquierdo, agarró el bate hecho de madera y con mucha fuerza empezó a pegarle a la piñata.

Las mamás, con mucho terror, nos advertían: “¡Háganse pa’trás!” Un abuelo y su nieta estaban en frente de la piñata sentados en un banco. El se paró y dijo: “Hazte para atrás”. Ella no le hizo caso; quería ver cómo el niño destruía a la princesa. En una de esas, el palo se le resbaló y se fue volando hacia la niña. Le pegó a esa niña y la dejó sangrando.

Llorando y gritando, la madre de la niña se dirigió con su hija a una tienda de Walgreens. “¡AYUDA, mi niña!”. Con cada paso veloz, la niña dejaba un río rojo, casi morado de sangre. Mientras su niña sangraba de una canasta, la madre, con desesperación, buscaba gaza, medicina, lo que fuera para curar a su niña de cinco años. La llamaban “La Baby”. La rueda de atrás del carrito en que la mamá llevaba a La Baby rechinaba, por lo que hacía que las dos se marearan más. Con cada segundo que pasaba, la niña se sentía más débil, el mundo más borroso, las luces de la tienda eran lo único que parecía ser lógico. La niña era yo. No me acuerdo del impacto, ni de cómo desperté en una tienda de Walgreens llena de sangre, pero siempre recordaré al niño que perdió el tino.